

hasta nuestros tiempos. La barbarie que concibe Sarmiento era, según Martínez Estrada, una forma de civilización, y la civilización moderna preconizada por Sarmiento, a causa de la acción despersonalizadora, empalma con la barbarie histórica de la sociedad argentina, tal como la ve Martínez Estrada. De aquí que

El problema quedó desfigurado más bien que simplificado [en Sarmiento]. No había tal barbarie, sino formas renitentes de la civilización, tradiciones de religión, mando, pereza, inmoralidad, codicia, crueldad influyendo activamente en sentido contrario al esfuerzo por realizar una experiencia nueva de orden, justicia, trabajo y progreso (28).

De modo que el ensayista rechaza la civilización moderna y aboga por una visión de la Argentina que muchos pensadores han consignado como barbarie, y que él considera ser «civilizada» a causa de su autenticidad en términos humanos. Tal acepción corresponde a un punto de vista de la realidad tipo *Gemeinschaft*, que se opone a la «cultura *kitsch*» o «cultura mecanizada» de la civilización moderna. De aquí que quepa expresar la visión de la sociedad de ambos escritores en los siguientes términos:

Sarmiento favorece la civilización (*Gesellschaft*) contra barbarie (*Gemeinschaft*)

y

Martínez Estrada favorece la civilización (*Gemeinschaft*) contra barbarie (*Gesellschaft*) (29).

\* \* \*

En este intento básico de fijar los puntos esenciales de la ideología de Martínez Estrada se encuentra otra dimensión que es menos accesible a una descripción concreta pero no por eso menos real. Nos referimos a cierta mística o mistificación que el pensador usa a veces para evocar la naturaleza «auténtica» de un fenómeno dado. La obra más representativa en este aspecto es *Radiografía de la pampa*. Las referen-

(28) *Ibid.*, p. 89.

(29) Si bien la antítesis *Gemeinschaft/Gesellschaft* que hemos delineado es útil para describir algunas tendencias fundamentales en Martínez Estrada y su concepto de Sarmiento, cabe recordar que no es nuestro propósito aquí formular una conclusión definitiva sobre los dos autores. Si hemos aseverado la importancia del aspecto «comunidad» en casi toda la obra de Martínez Estrada, constituiría una exageración el afirmar que el aspecto «asociación» prevalece en la totalidad de la de Sarmiento. En realidad, el paternalismo básico de Sarmiento, junto con su tendencia a considerar Argentina como un vasto experimento educacional, bien puede considerarse como parte de las actitudes *Gemeinschaft* en su contexto más amplio.

cias consignadas al principio de este ensayo a las fuerzas particulares que Martínez Estrada vio como fundamentales en la configuración del carácter argentino, y en particular de lo telúrico, pueden ser consideradas conjuntamente como integrantes del concepto de la mistificación. Prácticamente sin excepción, la tierra, la desnuda realidad prehistórica, o el subsecuente desarrollo geopolítico, son una fuerza negativa para Martínez Estrada. Según su interpretación, la presencia espiritual de la tierra actúa siempre en contra del hombre, casi en venganza animada por la negación de entendimiento de su realidad desde el primer impacto en tiempos coloniales. La tierra aparece dotada de una voluntad propia, inexorable y terrible:

Todo ese dominio de naturaleza, recintos en que la tierra defiende intactas su gea, su flora y su fauna, son confines a los que el hijo de la llanura fue arrojado y donde se extinguirá. Lo demás, la tierra plana, la pampa litoral y central es Argentina, la tierra de Europa, la tierra del blanco. Pero entre esa pampa fértil, nueva, y aquel mundo oscuro, antiguo, está el hijo del blanco y de la india que tiene que optar y que tardará centenares de años en decidirse, dejándolo todo en suspenso hasta ese día (30).

Esta idea surge emparejada invariablemente con un hondo sentido de fatalismo, con la convicción de que la violación inicial de la naturaleza ha demandado un precio, una reparación, a lo largo de los siglos. Una reparación que nunca se podrá pagar; el «pecado original» que carece de absolución: «... la tierra es la verdad definitiva, la primera y la última: es la muerte» (31). La mística de la tierra es realmente una presencia espiritual, una fuerza que se hace sentir de múltiples maneras; Argentina puede optar por ignorarla, pero, dice Martínez Estrada, será inútil; el intento sólo servirá para reforzar la conciencia de su presencia (32). Según el autor, José Hernández es uno de los escasos escritores que ha logrado transferir la realidad de esta mística de la tierra a la literatura. Evocando el final del *Martín Fierro* como ejemplo de la implacabilidad de las fuerzas de la tierra, Martínez Estrada afirma:

Tenemos en el *Martín Fierro* un cuadro más cercano a *La Araucana* que a la actualidad. Adviértase, además, que los temas, los temas como condensación de un *status* no registrado, corresponde a la etnología, la

---

(30) *Radiografía de la pampa*, p. 130.

(31) *Ibid.*, p. 16.

(32) La tesis de que el argentino (y por extensión el americano) usa la cultura para mantener a distancia la realidad espiritual del continente, imposibilitando así el encuentro con la propia identidad, ha sido desarrollada por un discípulo de Martínez Estrada. Véase H. A. MURENA: *El pecado original de América* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1965).

antropología y a la prehistoria más bien que a la cultura [...]. Los hechos tienen también una técnica equivalente a la herramienta rudimentaria; sólo las reflexiones levantan al ser humano sobre el ínfimo nivel de las cosas. Cosas y hechos pertenecen a un mundo de cultura barbarizado, y los personajes se debaten como náufragos para no ser arrastrados por la corriente que todo lo destruye (33).

No hay duda de que este párrafo es brillantemente evocativo, pero es también un buen ejemplo de que el uso de tales efusiones intuitivas presupone una actitud similar en el lector (34). Por otra parte, esta actitud es imprescindible en el intento de comunicación de una mística. Con tal afirmación, no obstante, hemos vuelto a la objeción básica al método historicista de Martínez Estrada: imposibilidad de comunicación por medio de un procedimiento místico. Sin duda, en defensa propia, el ensayista hubiera aducido que tal lenguaje era el único adecuado para la expresión de sus llamadas «verdades profundas», que no eran susceptibles de descripción racional y lógica. No obstante, es claro que la preferencia por el planteamiento intuitivo contribuyó a la creación del síndrome de complejo de paria, característica de los escritos de la última época. En tal situación, la del individuo ciegamente convencido de la veracidad de sus teorías sobre la realidad y la historia «verdaderas» de su país, hay una tendencia evidente a imputar mala fe a los que no quieren o no pueden aceptarlas. De aquí a la aparición del complejo de persecución y alejamiento creciente del mundo hay poca distancia.

A poco que se reflexione, resulta claro que la atención concedida por Martínez Estrada a la mística de la tierra cae dentro de la actitud historicista general que hemos venido trazando. En una vuelta a la afirmación inicial sobre la necesidad de considerar la *Weltanschauung* del ensayista, percibimos una concepción fatalista del hombre a merced de las fuerzas sobrenaturales a través de la historia. Encerrado en su concentricidad cultural; engendrado, como hemos visto, en la viola-

---

(33) *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, II, 476-477.

(34) Uno de los peligros más evidentes de la evocación intuitiva (o altamente imaginativa) de una realidad telúrica es precisamente la dificultad de delimitación no sólo de la esencia del concepto mismo, sino también de la propia imaginación. El mismo Martínez Estrada dio alguna vez la impresión de dejar correr su imaginación a rienda suelta, cuando quizá un planteamiento más disciplinado hubiera sido más útil. Considérese, por ejemplo su visión de lo telúrico en Martí:

Todo lo que la naturaleza produce, para Martí es venerable, pero en su misma forma de acción y reacción instantáneas, no de culto o rito pagano. Las plantas más que los animales como seres absolutamente elementales, replegados en sí mismos, identificados como seres intrauterinos de la madre tierra, todavía en simbiosis con ella, pacientes, silenciosos y benéficos. (EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Martí revolucionario* [La Habana: Casa de las Américas, 1967], p. 389.)

ción original de la naturaleza perpetrada por el hombre, la cual, unida al complejo de *hijo humillado* inherente al hombre americano, forma el *pecado original* de América. La redención, y el término no podía ser más adecuado dado el contexto, puede ser solamente parcial y no se trata, en realidad, de un bautismo; consiste en enfrentarse con la terrible realidad espiritual de América y llegar a su aceptación: «Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud» (35). El enfrentamiento con esta realidad no la abolirá, pero su reconocimiento significará una liberación personal.

De esta forma, Martínez Estrada vino a «liberar», a «redimir», a partir de *Radiografía de la pampa*, pero la posteridad ha demostrado que el suyo fue un predicar en desierto. Sólo su encuentro con la personalidad de Martí podría ofrecer algún consuelo a su vida gastada en frecuentes desilusiones, abierta hostilidad y fundamental incompreensión. Dados algunos de los elementos ideológicos que hemos venido caracterizando, actitudes historicistas, orientaciones *Gemeinschaft/Gesellschaft*, místicas, etc., esta conclusión no carecería de base lógica, ya que procedía de una actitud ideológica que, en definitiva, reduciría el alcance de su obra.

Queda por considerar hasta qué punto las características de la ideología de Martínez Estrada, y en particular su pesimismo, intuición y las deformaciones en que cayó, fueron consecuencia de factores que afectan a la posición del intelectual en general. En una descripción que podía haber sido escrita pensando en Martínez Estrada, Karl Mannheim afirma:

La persona que debe enfrentarse con las consecuencias diarias de sus acciones no puede menos de adquirir hábitos pragmáticos y una visión crítica dentro del radio de su práctica vocacional. El intelectual carece de algunas de estas coerciones. No se enfrenta con obstáculos cuando habita en la perspectiva a largo alcance de las cosas, o en un nivel de abstracción en el que no ha de sufrir consecuencias. Ideas que no pueden errar fácilmente se convierten en un fin en sí mismas y en una fuente de intoxicación solitaria. El pensador a quien los acontecimientos no pueden refutar, se expone a que se le olvide el propósito fundamental del pensar: llegar a conocer y a prever a fin de poder actuar. A veces el ideal libre y sin trabas invita a la creación de ilusiones de grandeza, pues la mera capacidad de comunicar ideas sobre cuestiones difíciles engaña en cuanto parece un dominio completo de ellas. De ordinario las teorías particulares de individuos en estado de reclusión no causan mayores perturbaciones, pero en un momento de crisis puede que el éxtasis intelectual se arraigue en terreno fértil (36).

---

(35) *Radiografía de la pampa*, p. 342.

(36) KARL MANNHEIM: *Essays on the Sociology of Culture*, p. 160.

Aun si se tienen ciertas reservas justificadas acerca de la existencia de un «éxtasis intelectual» en Martínez Estrada, no cabe duda de que el ensayista poseyó la mayoría de las características señaladas por Mannheim. Con toda probabilidad el sociólogo se refería al auge de las dictaduras europeas en la década de 1930, pero los conceptos igualmente podrían aplicarse a la Argentina. Cuando llegó la crisis de 1945, fue la llamada populista a las armas de Juan Domingo Perón la que encontró terreno fértil, mientras que la llamada a la autenticidad de Ezequiel Martínez Estrada, inevitablemente limitada, como hemos señalado, a un público minoritario, encontró únicamente un terreno yermo.

*JAMES MAHARG*

Dp. of Romance Languages  
Univ. of Michigan  
Ann. ARBOR, Mich. 48104 (USA)